

traiciones de Sinón, la amistad de Euríalo, la liberalidad de Alejandro, el valor de César, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zopiro, la prudencia de Catón, y finalmente, todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto a un varón ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos; y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invención, que tire lo más que fuere posible a la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lizos tejida, que, después de acabada, tal perfección y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho; porque la escritura desatada destes libros da lugar a que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria; que la épica tan bien puede escribirse en prosa como en verso.

CAPÍTULO XLVIII

Donde prosigue el Canónigo la materia de los libros de caballería, con otras cosas dignas de su ingenio.

—Así es, como vuestra merced dice, señor Canónigo—dijo el Cura—; y por esta causa son más dignos de reprehensión los que hasta aquí han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia a ningún buen discurso, ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina.

—Yo, a lo menos—replicó el Canónigo—, he tenido cierta tentación de hacer un libro de caballerías, guardando en él todos los puntos que he significado; y si he de confesar la verdad, tengo escritas más de cien hojas; y para hacer la experiencia de si correspondían a mi estimación, las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, dotos y discretos, y con otros ignorantes, que sólo atienden al gusto de oír disparates, y de todos he hallado una agradable aprobación; pero, con todo esto, no he proseguido adelante, así por parecerme que hago cosa ajena de mi profesión, como por ver que es más el número de los simples que de los prudentes; y que, puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios que vitoreado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, a quien, por la mayor parte, toca leer semejantes libros.

Pero lo que más me le quitó de las manos, y aun del pensamiento el de acabarle, fué un argumento que hice conmigo mismo, sacado de las co-

medias que ahora se representan, diciendo: «Si estas que ahora se usan, así las imaginadas como las de historia, todas o las más son conocidos disparates y cosas que no llevan pies ni cabeza, y con todo eso, el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo; y los autores que las componen y los actores que las representan dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera; y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos de entender su artificio, y que a ellos les está mejor ganar de comer con los muchos que no opinión con los pocos; esto mismo vendrá a ser de mi libro, al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré a ser el sastre del Cantillo. Y aunque algunas veces he procurado persuadir a los actores que se engañan en tener la opinión que tienen, y que más gente atraerán y más fama cobrarán representando comedias que sigan el arte, que no con las disparatadas, ya están tan asidos y incorporados en su parecer, que no hay razón ni evidencia que dél los saque.»

Acuérdome que un día dije a uno destes pertinaces: «Decidme, ¿no os acordáis que ha pocos años que se representaron en España tres tragedias, que compuso un famoso poeta destes reinos, las cuales fueron tales, que admiraron, alegraron y suspendieron a todos cuantos las oyeron, así simples como prudentes, así del vulgo como de los escogidos, y dieron más dineros a los representantes ellas tres solas que treinta de las mejores que después acá se han hecho?»

«Sin duda—respondió el actor que digo,—que debe de decir vuestra merced por la *Isabela*, la *Filís* y la *Alejandra*.»

—Por esas digo—le repliqué yo;—y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dejaron de parecer lo que eran, y de agradar a todo el mundo; así que, no está la falta en el vulgo que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Sí, que no fué disparate *La ingratitud vengada*, ni le tuvo la *Numancia*, ni se halló en la del *Mercader amante*, ni menos en *La enemiga favorable*, ni en otras algunas que de algunos entendidos poetas han sido compuestas, para fama y renombre suyo y para ganancia de los que las han representado; y otras cosas añadí a éstas, con que, a mi parecer, le dejé algo confuso, pero no satisfecho ni convencido para sacarle de su errado pensamiento.

—En materia ha tocado vuestra merced, señor Canónigo—dijo a esta sazón el Cura—, que ha despertado en mí un antiguo rancor que tengo con las comedias que agora se usan, tal, que iguala al que tengo con los

libros de caballerías; porque, habiendo de ser la comedia, según le pareció a Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres e imagen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplo de necedades e imágenes de lascivia. Porque, ¿qué mayor disparate puede ser, en el sujeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? ¿qué mayor que pintarnos un viejo valiente y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un paje consejero, un rey ganapán y una princesa fregona? ¿Qué diré, pues, de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden o podían suceder las acciones que representan, sino que he visto comedias que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en Africa, y aun, si fuera de cuatro jornadas, la cuarta acabara en América, y así se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo. Y si es que la imitación es lo principal a que ha de atender la comedia, ¿cómo es posible que satisfaga a ningún mediano entendimiento que, fingiendo una acción que pasa en tiempo del rey Pepino y Carlo Magno, al mismo que en ella hace la persona principal le atribuyan que fué el emperador Heraclio, que entró con la cruz en Jerusalén, y el que ganó la Casa Santa, como Godofre de Bullón, habiendo infinitos años de lo uno a lo otro; y fundándose la comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas a diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verisímiles, sino con patentes errores, de todo punto inexcusables? Y es lo malo, que hay ignorantes que digan que esto es lo perfeto, y que lo demás es buscar gullurías. Pues ¿qué, si venimos a las comedias divinas? ¿Qué de milagros fingen en ellas! ¿Qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo a un santo los milagros de otro! Y aun en las humanas se atreven a hacer milagros, sin más respeto ni consideración que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia, como ellos lo llaman, para que la gente ignorante se admire, y venga a la comedia. Y todo esto es en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las historias, y aun en oprobio de los ingenios españoles; porque los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros e ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos; y no sería bastante disculpa desto decir que el principal intento que las repúblicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagan públicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreación, y divertirla a veces de los malos humores que suelen engendrar la ociosidad; y que, pues éste se consigue con cualquier comedia, buena o mala, no hay para qué poner leyes, ni estrechar a los que las componen y

representan a que las hagan como debían hacerse; pues, como he dicho, con cualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. A lo cual respondería yo que este fin se conseguiría mucho mejor, sin comparación alguna, con las comedias buenas que con las no tales; porque, de haber oído la comedia artificiosa y bien ordenada, saldría el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio y enamorado de la virtud; que todos estos efectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que sea; y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar, la comedia que todas estas partes tuviere, mucho más que aquella que careciere dellas, como por la mayor parte carecen estas que de ordinario agora se representan. Y no tienen la culpa desto los poetas que las componen; porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben extremadamente lo que deben hacer; pero, como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen (y dicen verdad) que los representantes no se las comprarían, si no fuesen de aquel jaez; y así, el poeta procura acomodarse con lo que el representante, que le ha de pagar su obra, le pide. Y que esto sea verdad vese por muchas e infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio destes reinos, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente, tan llenas de elocución y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama; y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfección que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que, después de representadas, tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos reyes y en deshonor de algunos linajes; y todos estos inconvenientes cesarían, y aun otros muchos más que no digo, con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias antes que se representasen, no sólo aquellas que se hiciesen en la corte, sino todas las que se quisiesen representar en España; sin la cual aprobación, sello y firma, ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna. Y desta manera, los comediantes tendrían cuidado de enviar las comedias a la corte, y con seguridad podrían representallas, y aquellos que las componen mirarían con más cuidado y estudio lo que hacían, temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso examen de quien lo entiende; y desta manera se harían buenas comedias, y se conse-

guiría facilísimamente lo que en ellas se pretende, así el entretenimiento del pueblo, como la opinión de los ingenios de España, el interés y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuidado de castigallos. Y si se diese cargo a otro, o a este mismo, que examinase los libros de caballerías que de nuevo se compusiese, sin duda podrían salir algunos con la perfección que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasión que los libros viejos se escureciesen a la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los más ocupados; pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condición y flaqueza humana se puede sustentar sin alguna lícita recreación.

A este punto de su coloquio llegaban el Canónigo y el Cura, cuando adelantándose el Barbero, llegó a ellos y dijo al Cura:

—Aquí, señor licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno para que, sesteando nosotros, tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto.

—Así me lo parece a mí—respondió el Cura:

Y diciéndole al Canónigo lo que pensaba hacer, él también quiso que-darse con ellos, convidado del sitio de un hermoso valle que a la vista se les ofrecía; y así por gozar dél, como de la conversación del Cura, de quien ya se iba aficionando, y por saber más por menudo las hazañas de Don Quijote, mandó a algunos de sus criados que se fuesen a la venta, que no lejos de allí estaba, y trujesen della lo que hubiese de comer para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde; a lo cual uno de sus criados respondió que el acémila del repuesto, que ya debía de estar en la venta, traía recado bastante para no obligar a tomar de la venta más que cebada.

—Pues así es—dijo el Canónigo,—llévense allá todas las cabalgaduras, y haced volver el acémila.

En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podía hablar a su amo sin la continua asistencia del Cura y el Barbero, que tenía por sospechosos, se llegó a la jaula donde iba su amo, y le dijo:

—Señor, para descargo de mi conciencia, le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamento, y es, que aquestos dos que vienen aquí, encubiertos los rostros, son el Cura de nuestro lugar y el Barbero; y imagino han dado esta traza de llevarle desta manera, de pura envidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presu-puesta, pues, esta verdad, síguese que no va encantado, sino embaído y tonto; para prueba de lo cual, le quiero preguntar una cosa; y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la

mano este engaño, y verá cómo no va encantado, sino trastornado el juicio.

—Pregunta lo que quisieres, hijo, Sancho—respondió Don Quijote—; que yo te satisfaré y responderé a toda tu voluntad; y en lo que dices que aquellos que allí van, y vienen con nosotros, son el Cura y el Barbero, nuestros compatriotas y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos; pero que lo sean realmente y en efeto, eso no lo creas en ninguna manera. Lo que has de creer y entender es, que si ellos se les pa-recen, como dices, debe de ser que los que me han encantado habrán to-mado esa apariencia y semejanza, porque es fácil a los encantadores tomar la figura que se les antoja; y habrán tomado las destos nuestros amigos para darte a ti ocasión de que pienses lo que piensas, y ponerte en un la-berinto de imaginaciones, que no aciertes a salir dél aunque tuvieses la sogá de Teseo; y también lo habrán hecho para que yo vacile en mi enten-dimiento, y no sepa atinar de dónde me viene este daño; porque, si por una parte tú me dices que me acompañan el Barbero y el Cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y sé de mí que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, ¿qué quieres que diga o piense, sino que la manera de mi encantamento excede a cuantas yo he leído en todas las historias que tratan de caba-lleros andantes que han sido encantados? Así que, bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices; porque así son ellos como yo soy turco; y en lo que toca a querer preguntarme algo, di; que yo te responderé, aunque me preguntes de aquí a mañana.

—¡Válame nuestra Señora!—respondió Sancho, dando una gran voz— Y ¿es posible que sea vuestra merced tan duro de cerebro y tan falto de meollo, que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prisión y desgracia tiene más parte la malicia que el encanto? Pero, pues así es, yo le quiero probar evidentemente cómo no va encantado. Si no, dígame, así Dios le saque desta tormenta, y así se vea en los brazos de mi señora Dulcinea cuando menos se piense...

—Acaba de conjurarme—dijo Don Quijote—y pregunta lo que qui-sieres; que ya te he dicho que te responderé con toda puntualidad.

—Eso pido—replicó Sancho—; y lo que quiero saber es, que me diga, sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se es-pera que la han de decir y la dicen todos aquellos que profesan las armas, como vuestra merced las profesa, debajo de título de caballeros andantes...

—Digo que no mentiré en cosa alguna—respondió Don Quijote—; acaba

ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho.

—Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo; y así porque hace al caso a nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento si acaso después que vuestra merced va enjaulado, y a su parecer, encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores o menores, como suele decirse.

—No entiendo eso de hacer aguas, Sancho: aclárate más, si quieres que te responda derechamente.

—¿Es posible que no entienda vuestra merced de hacer aguas menores o mayores? Pues en la escuela destetan a los muchachos con ello. Pues sepa que quiero decir, si le ha venido gana de hacer lo que no se excusa.

—Ya, ya te entiendo, Sancho. Sí, y muchas veces, y aun agora la tengo, sácame deste peligro; que no anda todo limpio.

CAPÍTULO XLIX

*Donde se trata del discreto
coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor
Don Quijote.*

—¡Ah!—dijo Sancho—Cogido le tengo: esto es lo que yo deseaba saber con el alma y con la vida. Venga acá, señor; ¿podría negar lo que comúnmente suele decirse por ahí, cuando una persona está de mala voluntad? «No sé qué tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde a propósito a lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado». De donde se viene a sacar que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe cuando se lo dan, y come cuando lo tiene, y responde a todo aquello que le preguntan.

—Verdad dices, Sancho—respondió Don Quijote—; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamientos, y podría ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que agora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacían: de manera que contra el uso de los tiempos no hay que argüir ni de que hacer con secuencias. Yo sé o tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia; que la formaría muy grande si yo

pensase que no estaba encantado, y me dejase estar en esta jaula, perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podría dar a muchos menesterosos y necesitados, que de mi ayuda y amparo deben tener a la hora de ahora precisa y extrema necesidad.

—Pues con todo eso—replicó Sancho—digo que, para mayor abundancia y satisfacción, sería bien que vuestra merced probase a salir desta cárcel (que yo me obligo con todo mi poder a facilitarlo, y aun a sacarle della), y probase de nuevo a subir sobre su buen Rocinante, que también parece que va encantado, según va de malencólico y triste; y hecho esto, probásemos otra vez la suerte de buscar más aventuras; y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos a la jaula, en la cual prometo, a ley de buen y leal escudero, de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tan desdichado, y yo tan simple, que no acierte a salir con lo que digo.

—Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano—replicó Don Quijote—; y cuando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo; pero tú, Sancho, verás cómo te engañas en el conocimiento de mi desgracia.

En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el mal andante escudero, hasta que llegaron donde, ya apeados, los aguardaban el Cura, el Canónigo y el Barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero, y dejolos andar a sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba a quererla gozar, no a las personas tan encantadas como Don Quijote, sino a los tan advertidos y discretos como su escudero, el cual rogó al Cura que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula; porque si no le dejaban salir, no iría tan limpia aquella prisión como requería la decencia de un tal caballero como su amo.

Entendióle el Cura, y dijo que de muy buena gana haría lo que le pedía, si no temiera que, en viéndose su señor en libertad, había de hacer de las suyas, y irse donde jamás gentes le viesen.

—Yo le fio de la fuga—respondió Sancho.

—Y yo y todo—dijo el Canónigo—, y más si él me da la palabra, como caballero, de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad.

—Si doy—respondió Don Quijote, que todo lo estaba escuchando—; cuanto más que el que está encantado, como yo, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere; porque el que le encantó le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos; y si hubiere huído,

le hará volver en volandas; y que, pues esto era así, bien podían saltar de un talle, y más siendo tan en provecho de todos; y del no saltalle les preguntaba testaba que no podía dejar de fatigalles el olfato, si de allí no se desviaba.

Tomóle la mano el Canónigo, aunque las tenía atadas, y debajo de buena fe y palabra, le desataron, de que él se alegró infinito, y en gran manera de verse fuera de la jaula; y lo primero que hizo, fué estirar todo el cuerpo, y luego se fué donde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas, dijo:

—Aún espero en Dios y en su bendita madre, flor y espejo de los caballeros, que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos, tú con tu señor a cuestras, y yo encima de tí, ejercitando el oficio para que Dios me eche al mundo.

Y diciendo esto, Don Quijote se apartó con Sancho en remota parte de donde vino más aliviado, y con más deseos de poner en obra lo que el escudero ordenase.

Mirábalo el Canónigo, y admirábase de ver la extrañeza de su gran locura, y de que en cuanto hablaba y respondía mostraba tener bonísimo entendimiento; solamente venía a perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballerías. Y así, movido de compasión después de haberse sentado todos en la verde yerba para esperar el repunte del Canónigo, le dijo:

—¿Es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa lectura de los libros de caballerías, que le haya vuelto el juicio de modo, que venga a creer que va encantado, con otras cosas desto jaez, tan lejos de ser verdaderas como lo está la misma mentira de la verdad? Y ¿cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé a entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto empujador de Trapisonada, tanto Félixmarie de Hircania, tanto palafren, tanto doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamientos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billeteo, tanto requiebro, tantas mujeres valientes, y finalmente, tantos y tan diversos paratados casos como los libros de caballerías contienen? De mí sé decir que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginación en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algún contento; pero cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y aun digo con él en el fuego, si cerca o presente le tuviera, bien como merecedor

de tal pena por ser falsos y embusteros y fuera del trato que pide la común naturaleza; y como a inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como a quien da ocasión que el vulgo ignorante venga a creer y tener por verdaderas tantas necedades como contienen. Y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven a turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traído a términos que sea forzoso encerrarle en una jaula y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae o lleva algún león o algún tigre de lugar en lugar, para ganar con él dejando que le vean. Ea, señor, Don Quijote, duélase de sí mismo, y redúzgase al gremio de la discreción, y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra letura, que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra. Y si todavía, llevado de su natural inclinación, quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania; un César, Roma; un Aníbal, Cartago; un Alejandro, Grecia; un conde Fernán González, Castilla; un Cid, Valencia; un Gonzalo Fernández, Andalucía; un Diego García de Paredes, Extremadura; un Garcí Pérez de Vargas, Jerez; un Garcilaso, Toledo; un don Manuel de León, Sevilla; cuya lección de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar a los más altos ingenios que los leyeren. Esta sí será letura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor Don Quijote mío; de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, cuerdo sin cobardía; y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, do, según he sabido, trae vuestra merced su principio y origen.

Atentísimamente estuvo Don Quijote escuchando las razones del Canónigo; y cuando vió que ya había puesto fin a ellas, después de haberle estado un buen espacio mirando, le dijo:

—Paréceme, señor hidalgo, que la plática de vuestra merced se ha encaminado a querer darme a entender que no ha habido caballeros andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores, o inútiles para la república; y que yo he hecho mal en leerlos, y más mal en creerlos y peor en imitarlos, habiéndome puesto a seguir la durísima profesión de la caballería andante que ellos enseñan; negándome que no ha habido en el mundo Amadises, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras están llenas.

—Todo es al pie de la letra, como vuestra merced lo va relatando—dijo a esta sazón el Canónigo.

A lo cual respondió Don Quijote:

—Añadió también vuestra merced que me habían hecho mucho daño tales libros, pues me habían vuelto el juicio y puéstome en una jaula, y que me sería mejor hacer la enmienda y mudar de letura, leyendo otros más verdaderos y que mejor deleitan y enseñan.

—Así es—dijo el Canónigo.

—Pues yo—replicó Don Quijote—hallo por mi cuenta que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto a decir tantas blasfemias contra una cosa tan recibida en el mundo y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecería la misma pena que vuestra merced dice que da a los libros cuando los lee y le enfadan; porque querer dar a entender a nadie que Amadís no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir que el sol no alumbra, ni el hielo enfría, ni la tierra sustenta. Porque ¿qué ingenio puede haber en el mundo que pueda persuadir a otro que no fué verdad lo de la infanta Floripes y Güi de Borgoña, y lo de Fierabrás con el puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlo Magno? Que ¡voto a tal que es tanta verdad, como es ahora de día! Y si es mentira, también lo debe de ser que no hubo Héctor, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doce Pares de Francia, ni el rey Artus de Inglaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo, y le esperan en su reino por momentos. Y también se atreverán a decir que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino y la de la demanda del santo Grial, y que son apócrifos los amores de Don Tristán y la reina Iseo, como los de Ginebra y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto a la dueña Quintañona, que fué la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña. Y es esto tan así, que me acuerdo yo que me decía una mi agüela de parte de mi padre, cuando veía algunas dueñas con tocas reverendas: «Aquella, niéto, se parece a la dueña Quintañona»; de donde arguyo yo que la debió de conocer ella, o por lo menos debió de alcanzar a ver algún retrato suyo. Pues ¿quién podrá negar no ser verdadera la historia de Pierres y la linda Magalona, pues aun hasta hoy día se ve en la armería de los Reyes la clavija con que volvía el caballo de madera sobre que iba el valiente Pierres por los aires, que es un poco mayor que un timón de carreta? Y junto a la clavija está la silla de Babieca, y en Roncesvalles está el cuerno de Roldán, tamaño como una grande viga; de donde se infiere que hubo doce Pares, que hubo Pierres, que hubo Cid, y Bernardo del Carpio, y otros caballeros

semejantes, destos que dicen las gentes que a sus venturas van. Si no, dígame también que no es verdad que fué caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fué a Borgoña, y se combatió en la ciudad de Arrás con el famoso señor de Charní, llamado Mosén Pierres, y después en la ciudad de Basilea con Mosén Enrique de Remestán, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama; ni las aventuras ni desafíos que también acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba y Gu-tierre Quijada (de cuya alcurnia yo deciendo por línea recta de varón), viniendo a los hijos del conde de San Polo. Niéguenme asimismo que no fué a buscar las aventuras a Alemania don Fernando de Guevara, donde se combatió con Micer Jorge, caballero de la casa del duque de Austria. Digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones, el del Paso; las empresas de Mosén Luis de Falces contra don Gonzalo de Guzmán, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos destos y de los reinos extranjeros, tan auténticas y verdaderas, que torno a decir que el que las negase carecería de toda razón y buen discurso.

Admirado quedó el Canónigo de oír la mezcla que Don Quijote hacía de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenía de todas aquellas cosas tocantes y concernientes a los hechos de su andante caballería; y así, le respondió:

—No puedo yo negar, señor Don Quijote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced a dicho, especialmente en lo que toca a los caballeros andantes españoles; y asimismo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia, pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el arzobispo Turpín dellos escribe; porque la verdad dello es, que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, a quien llamaron Pares, por ser todos iguales en valor, en calidad y valentía (a lo menos, si no lo eran, era razón que lo fuesen), y era como una religión de las que ahora se usan, de Santiago o de Calatrava, que se presupone que los que la profesan han de ser o deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos; y como ahora dicen caballeros de San Juan o de Alcántara, decían en aquel tiempo caballero de los Doce Pares, porque fueron doce iguales los que para esta religión militar se escogieron. En lo de que hubo Cid no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija, que vuestra merced dice, del conde Pierres, y que está junto a la silla de Babieca en la armería de los Reyes, confieso mi pecado; que soy tan ignorante o tan corto de vista, que, aunque he visto la silla, no he echado de ver la clavija, y más siendo tan grande como vuestra merced ha dicho.

—Pues allí está sin duda alguna—replicó Don Quijote—; y por más señas, dicen que está metida en una funda de vaqueta, porque no se tome de moho.

—Todo puede ser—respondió el Canónigo—; pero, por las Órdenes que recibí, que no me acuerdo haberla visto; mas, puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo a creer las historias de tantos Amadises ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí nos cuentan, ni es razón que un hombre como vuestra merced, tan honrado, de tan buenas partes y dotado de tan buen entendimiento, se dé a entender que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.

CAPÍTULO L

De las discretas altercaciones que Don Quijote y el Canónigo tuvieron, con otros sucesos.

—¡Bueno está eso!—respondió Don Quijote— Los libros que están impresos con licencia de los Reyes, y con aprobación de aquellos a quien se remitieron, y que con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados e ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente, de todo género de personas, de cualquier estado y condición que sean, ¿habían de ser mentira, y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto y día por día, que el tal caballero hizo o tales caballeros hicieron? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame; que le aconseje en esto lo que debe de hacer como discreto; si no, dígame, ¿hay mayor contento que ver, como si dijésemos, que aquí ahora se muestran delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo a borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima que dice: «Tú, caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro y encendido licor; porque, si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete Fadas que debajo desta negrura yacen!» ¡Y que apenas el caballero no ha acabado de oír la voz temerosa, cuando, sin entrar más en cuen-

tas consigo, sin ponerse a considerar el peligro a que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose a Dios, y a su señora, se arroja en mitad del bullente lago, y cuando no se cata ni sabe dónde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Eliseos no tienen que ver en ninguna cosa?

Allí le parece que el cielo es más transparente, y que el sol luce con claridad más viva. Ofrécese a los ojos una apacible floresta, de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra a la vista su verdura, y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos, que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente, de jaspe variado y de liso mármol compuesta; acá ve otra, a lo grutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas, blancas y amarillas, del caracol, puestas con orden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor; de manera que el arte, imitando a la naturaleza, parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo o vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacinthos; finalmente, él es de tan admirable compostura, que, con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de más estimación su hechura; y ¿hay más que ver, después de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiera ahora a decirlos, como las historias nos los cuentan, sería nunca acabar; y tomar luego, la que parecía principal de todas, por la mano al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcázar o castillo, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos unguentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella y echarle un mantón sobre los hombros, que, por lo menos menos, dicen que suele valer una ciudad, y aun más? ¿Qué es ver, pues, cuando nos cuentan que tras todo esto le llevan a otra sala, donde hallan puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? ¿Qué el verle echar agua a manos, toda de ámbar y de olorosas flores destilada? ¿Qué el hacerle sentar sobre una silla de marfil? ¿Qué verle servir de todas las doncellas, guardando un maravilloso silencio? ¿Qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito a cuál deba de alar-

gar la mano, a cuál no? ¿Qué oír la música que en tanto que come suena, sin saber quién la canta ni a dónde suena? Y después de la comida acabada y las mesas alzadas, quedóse el caballero recostado sobre la silla (quizá mondándose los dientes como es costumbre), y entrar a deshora por la puerta de la sala otra mucho más hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar a darle cuenta de qué castillo es aquél, y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas, que suspenden al caballero y admiran a los leyentes que van leyendo su historia! No quiero yo alargarme más en esto, pues dello se puede colegir que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante ha de causar gusto y maravilla a cualquiera que la leyere; y vuestra merced créame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condición, si acaso le tiene mala. De mí se decir que, después que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos; y aunque ha tan poco que me ví encerrado en una jaula como loco, pienso, por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos días verme rey de algún reino, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra; que, mía fe, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea; y el agradecimiento que sólo consiste en el deseo es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querría que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasión donde me hiciese emperador, por mostrar mi pecho haciendo bien a mis amigos, especialmente a este pobre de Sancho Panza, mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querría darle un condado que le tengo muchos días ha prometido, sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado.

Casi todas estas últimas palabras oyó Sancho a su amo, a quien dijo:

—Trabaje vuestra merced, señor Don Quijote, en darme ese condado tan prometido de vuestra merced como de mí esperado; que yo le prometo que no me falte a mí habilidad para gobernarle, y cuando me faltare, yo he oído decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está a pierna tendida, gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa; y así haré yo, y no repararé en tanto más cuanto, sino que luego me desistiré de todo, y me gozaré mi renta como un duque, y allá se lo hayan.

—Eso, hermano Sancho—dijo el Canónigo—, entiéndese en cuanto el

gozar la renta; empero al administrar justicia, ha de atender el señor del estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intención de acertar; que si ésta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines; y así suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto.

—No sé esas filosofías—respondió Sancho Panza—; mas sólo sé que tan presto tuviese yo el condado como sabría regirle; que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que más, y tan rey sería yo de mi estado como cada uno del suyo, y siéndolo, haría lo que quisiese, y haciendo lo que quisiese, haría mi gusto, y haciendo mi gusto, estaría contento, y en estando uno contento, no tiene más que desear, y no teniendo más que desear, acabóse; y el estado venga, y a Dios y veámonos, como dijo un ciego a otro.

A lo cual replicó Don Quijote:

—No son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho.

—Pero con todo eso, hay mucho que decir sobre esta materia de condados.

—Yo no sé qué haya que decir; sólo me guío por muchos y diversos ejemplos que podría traer a este propósito, de caballeros de mi profesión, que, correspondiendo a los leales y señalados servicios que de sus escuderos habían recibido, les hicieron notables mercedes, haciéndolos señores absolutos de ciudades y insulas; y cuál hubo que llegaron sus merecimientos a tanto grado, que tuvo humos de hacerse rey. Pero ¿para qué gasto tiempo en esto, ofreciéndome un tan insigne ejemplo el grande y nunca bien alabado Amadís de Gaula, que hizo a su escudero conde de la insula Firme? Y así puedo yo, sin escrúpulo de conciencia, hacer conde a Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido.

Admirado quedó el Canónigo de los concertados disparates (si disparates sufren concierto) que Don Quijote había dicho, del modo con que había pintado la aventura del caballero del lago, de la impresión que en él habían hechos las pegajosas mentiras de los libros que había leído, y finalmente, le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deseaba alcanzar el condado que su amo le había prometido. Ya en esto volvían los criados del Canónigo, que a la venta habían ido por la acémila del repuesto; y haciendo mesa de una alhombra y de la verde yerba del prado, a la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron allí, porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho.

CAPÍTULO LII

*De la rara aventura de los diciplinantes,
a quien dió felice fin Don Quijote a costa de su sudor.*

En resolución, estando todos en regocijo y fiesta, oyeron el son de una trompeta tan triste, que les hizo volver los rostros hacia donde les parecía que sonaba; pero el que más se alborotó de oírle fué Don Quijote, el cual se puso en pie, volviendo asimismo el rostro adonde el son se oía, y vió a deshora que por un rescuesto bajaban muchos hombres vestidos de blanco a modo de diciplinantes.

Era el caso que aquel año habían las nubes negado su rocío a la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacían procesiones, rogativas y diciplinas, pidiendo a Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese; y para este efecto, la gente de una aldea que allí junto estaba, venía en procesión a una devota ermita que en un recuesto de aquel valle había. Don Quijote, que vió los extraños trajes de los diciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los había de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que a él solo tocaba, como a caballero andante, el acometerla; y confirmóle más esta imaginación, pensar que una imagen que traían, cubierta de luto, fuese alguna principal señora, que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines. Y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió a Rocinante, que paciendole andaba, quitándole del arzón el freno y la adarga, y en un punto le enfrenó, y pidiendo a Sancho su espada, subió sobre Rocinante y abrazó su adarga y dijo en alta voz a todos los que presentes estaban:

—Agora, valerosa compañía, veredes cuánto importa que haya en el mundo caballeros que profesan la Orden de la andante caballería; agora digo que veredes en la libertad de aquella buena señora, que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes.

Y en diciendo esto, apretó los talones a Rocinante, porque espuelas no las tenía, y a todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamás la diese Rocinante) se fué a encontrar con los diciplinantes; bien que fueron el Cura y el Canónigo y Barbero a detenerle; mas no les fué posible, ni menos le detuvieron las voces que Sancho le daba, diciendo.

—¿Adónde va, señor Don Quijote? ¿Qué demonios lleva en el pecho, que le incitan a ir contra nuestra fe católica? Advierta, ¡mal haya yo!, que aqué-

lla es procesión de diciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imagen benditísima de la Virgen sin mancilla: mire, señor, lo que hace; que por esta vez se puede decir que no se lo sabe.

Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar a lo ensabanados y en librar a la señora enlutada, que no oyó palabra; y aun que la oyera, no volviera, si el rey se lo mandara. Llegó, pues, a la procesión y paró a Rocinante, que ya llevaba harto deseo de quietarse un poco, y coe turbada y ronca voz dijo:

—Vosotros, que quizá por no ser buenos os encubris los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero.

Los primeros que se detuvieron fueron los que la imagen llevaban; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las ledanías, viendo la extraña catadonra de Don Quijote, la flaqueza de Rocinante, y otras circunstancias de rinqe que notó y descubrió en Don Quijote, le respondió, diciendo;

—Señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razón que nos detengamos a oír cosa alguna, si ya no es tan breve, que en dos palabras se diga.

—En una lo diré—replicó Don Quijote—y es ésta: que luego al punto dejéis libre a esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la lleváis contra su voluntad y que algún notorio desaguisado le habedes fecho; y yo, que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase, sin darle la deseada libertad que merece.

Con estas razones cayeron todos los que las oyeron en que Don Quijote debía de ser algún hombre loco, y tomáronse a reír muy de gana, cuya risa fué poner pólvora a la cólera de Don Quijote, porque, sin decir más palabra, sacando la espada, arremetió a las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga a sus compañeros, salió al encuentro de Don Quijote, enarbolando una horquilla o bastón con que sustentaba las andas en tanto que descansaba; y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró Don Quijote, con que se la hizo tres partes, con el último tercio, que le quedó en la mano, dió tal golpe a Don Quijote encima de un hombro (por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra la villana fuerza), que el pobre don Quijote vino al suelo muy mal parado.

Sancho Panza, que jadeando le iba a los alcances, viéndole caído, dió voces a su moledor que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado, que no había hecho mal a nadie en todos los días de su vida; mas lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sino el ver que

Don Quijote no bullía ni pie ni mano; y así, creyendo que le había muerto, con priesa se alzó la túnica a la cinta, y dió a huir por la campaña como un gamo.

Ya en esto llegaban todos los de la compañía de Don Quijote adonde él estaba; mas los de la procesión, que los vieron venir corriendo, y ellos los cudrilleros con sus ballestas, temieron algún mal suceso, y se apartaron de ellos todos un remolino alrededor de la imagen; y alzados los capines, empunñando las disciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asombro de determinación de defenderse, y aun ofender, si pudiesen, a sus acometidos; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho Panza hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor, haciendo él el más doloroso y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto. El Cura fué conocido de otro cura que en la procesión venía, y su conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuderos. El primer cura dió al segundo en dos razones cuenta de quién era Don Quijote, y así él como toda la turba de los diciplinantes fueron a ver lo que en el carro venía; y cuando conocieron a su compatriota estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza, con lágrimas en los ojos, decía:

—¡Oh, flor de la caballería, que con sólo un garrotazo, acabaste tu carrera de tus tan bien gastados años! ¡Oh, honra de tu linaje, honra de gloria de toda la Mancha y aun de todo el mundo, el cual, faltando tú, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus maldiciones! ¡Oh!, liberal sobre todos los Alejandros, pues por sólo un día de fechorías! ¡Oh!, liberal sobre todos los Alejandros, pues por sólo un día de servicio me tenías dada la mejor insula que el mar ciñe y rodea! ¡Oh!, humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin tacha, imitador de los grandes, azote de los malos, enemigo de los ruines; en fin, caballero andante que es todo lo que decirse puede!

Con las voces y gemidos de Sancho revivió Don Quijote, y la primera palabra que dijo fué:

—El que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, a mayores miserias de más momento y consideración que éstas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, a ponerme sobre el caballo encantado; que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos.

—Eso haré yo de muy buena gana, señor mío—respondió Sancho—; pero volvamos a nuestra aldea en compañía destes señores, que su bien deseo, y allí daremos orden de hacer otra salida que nos sea de más provecho y fama.

—Bien dices, Sancho—respondió Don Quijote—; y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que agora corre.

El Canónigo y el Cura y Barbero le dijeron que haría muy bien en hacer lo que decía; y así, habiendo recibido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron a Don Quijote en el carro como antes venía: la procesión volvió a ordenarse y a proseguir su camino; los cudrilleros quisieron pasar adelante, y el Cura les pagó lo que se les debía; el Canónigo pidió al Cura le avisase el suceso de Don Quijote, si sanaba de su enfermedad o si proseguía en ella; y con esto tomó licencia para seguir su viaje. En fin, todos se dividieron y apartaron, quedando solos el Cura y Barbero, Don Quijote y Panza y el bueno de Rocinante, que a todo lo que le hacía visto estaba con tanta paciencia como su amo.

El boyero unció sus bueyes y acomodó a Don Quijote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino que el Cura quiso; y a cabo de seis días llegaron a la aldea de Don Quijote, adonde entraron a la mitad del día, que acertó a ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de Don Quijote. Acudieron todos a ver lo que en el carro venía; y cuando conocieron a su compatriota quedaron maravillados, y un muchacho acudió a dar las nuevas al Ama y a su Sobrina de que su tío y señor venía flaco y amarillo, y tendido sobre un montón de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fué oír los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, y las maldiciones que de nuevo echaron a los malditos libros de caballerías, lo cual se renovó cuando vieron entrar a Don Quijote por sus puertas.

A las nuevas de la venida de Don Quijote, acudió la mujer de Sancho Panza, que ya había sabido que había ido con él sirviéndole de escudero; así como vió a Sancho, lo primero que le preguntó fué que si venía bueno como el año: Sancho respondió que venía mejor que su amo.

—¡Gracias sean dadas a Dios—replicó ella—, que tanto bien me ha hecho! Pero contadme agora, amigo, ¿qué bien habéis sacado de vuestras aventuras? ¿Qué saboyana me traéis a mí? ¿Qué zapaticos a vuestros hijos?

—No traigo nada deso—dijo Sancho—, mujer mía; aunque traigo otras cosas de más consideración.

—Deso recibo yo mucho gusto—respondió la mujer—: mostradme esas cosas de más consideración y más momento, amigo mío; que las quiero ver para que se me alegre este corazón, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia.

—En casa os las mostraré, mujer—dijo Panza—; y por ahora estad contenta; que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje a buscar aventuras, vos me veréis presto conde o gobernador de una insula, no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse.

—Quiéralo así el cielo, marido mío; que bien lo habemos menes. Mas decidme, ¿qué es eso de ínsulas? Que no lo entiendo.

—No es la miel para la boca del asno—respondió Sancho—: a su tiempo lo verás, mujer, y aun te admirarás de oírte llamar señoría de tus vasallos.

—¿Qué es lo que decís, Sancho, de señorías, ínsulas y vasallos?—respondió Teresa Panza, que así se llamaba la mujer de Sancho, aunque eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mujeres el apellido de sus maridos.

—No te acucies, Teresa, por saber todo esto tan aprisa; basta que digo verdad, y cose la boca; sólo te sabré decir, así de paso, que no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero o un caballero andante, buscador de aventuras. Bien es verdad que las cosas que se hallan no salen tan a gusto como el hombre querría, porque de cosas que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sólo yo de experiencia, porque de alguna he salido manteado, y de otros he estado molido; pero, con todo eso, es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas a toda discreción, sin pagar, ofrecido sea al diablo el maravedí.

Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y Teresa Panza, mujer, en tanto que el Ama y Sobrina de Don Quijote le recibieron y desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atentos, y no acababa de entender en qué parte estaba. El Cura encarecía a la Sobrina tuviese gran cuenta con regalar a su tío, y que estuviese alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que había sido necesario para traerle a su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo, allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, y pidieron al cielo que confundiese en el centro del abismo a los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente, ellas quedaron confusas y temerosas de que se hablaban de ver sin su amo y tío en el mismo punto que tuviese alguna mejoría, y así fué como ellas se lo imaginaron.

Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia buscado los hechos que Don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia dellos, a lo menos por escrituras auténticas; sólo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha que Don Quijote, la tercera vez que salió de su casa, fué a Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara ni supiera, si la buena suerte no le depara-

un antiguo médico que tenía en su poder una caja de plomo, que (según el dijo) se había hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba; en la cual caja se habían hallado unos pergaminos, escritos con letras góticas, que contenían muchas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza y de la sepultura del mismo Don Quijote. El autor desta historia no pide a los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla a luz, sino que le den el mismo crédito que suelen dar los discretos a los libros de caballerías, que tan validos andan en el mundo; que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará a sacar o buscar otros, si no tan verdaderos, a lo menos de tanta instrucción y pasatiempo.

FIN DE LA PRIMERA PARTE